



CONTRA LAS CUERDAS

SERGIO NÚÑEZ VADILLO

Contra las cuerdas

Sergio Núñez Vadillo

© 2006. Sergio Núñez Vadillo
Todos los derechos reservados.

© Portada diseño Íttakus (www.ittakus.com)



Edición cortesía de www.publicatuslibros.com quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor/a.



Índice

Primer asalto.....	pág 5
Segundo asalto.....	pág 11
Tercer asalto.....	pág 17
El autor.....	pág 21

Primer asalto

Sonaron las seis y media de la mañana en el despertador de Pelayo, situado en la mesilla al lado del último libro de Arturo Pérez Reverte, “*el pintor de batallas*” y, nuestro protagonista, como otros días se dispone a iniciar, una día más, su dura y dilatada jornada.

Al levantarse estira los brazos por encima de sus hombros y abre la boca para bostezar como si fuera un león. Tras pasar por el servicio para lavarse la cara, con mucho sigilo, ya que sus padres siguen dormidos en una habitación próxima al cuarto de baño, se dispone a cambiarse de ropa.

Se enfunda unos pantalones *Adidas* y una sudadera *Everlast*, que con unas zapatillas *New Balance* le convierten en todo un deportista.

Al salir a la calle, nota el fresquito de la mañana, pues es el mes de julio y por las mañanas refresca aunque el resto del día haga un calor insoportable. Pelayo empieza a correr en dirección al parque a paso ligero y tras unos minutos se encuentra con el primer ciudadano que le saluda con un tórrido: ¡buenos días!

Nuestro personaje lleva tres meses haciendo este ritual de correr temprano dos veces por semana. En la actualidad se está preparando para competir y debutar como boxeador en un próximo campeonato *amateur* de boxeo y no quiere que le peguen una paliza, por eso se está preparando a conciencia.

Y tras unos minutos de calentamiento, Pelayo acelera su marcha por el margen derecho del río que le lleva al campus universitario en donde da la vuelta. En total son unos 45 minutos de recorrido aunque, a veces, realiza otra ruta más exigente que dura alrededor de 55 minutos, pero esa la deja para los días que su cuerpo no se resiente del fin de semana.

Puesto que Pelayo como otros muchos jóvenes le gusta *salir de marcha* y en muchas ocasiones acaba a las tantas de la mañana. Sus 28 años recién

cumplidos son una señal inequívoca de las ganas que tiene por comerse el mundo.

Una vez finalizado el *footing* mañanero, a eso de las 7.30 horas, entra en casa con mucho cuidado, sus padres siguen durmiendo, y se pega una ducha con agua templada. Seguidamente se viste con ropa limpia para el trabajo: polo de marca y unos pantalones chinos. En el pelo se echa un poco espuma y se pasa la mano hacía atrás un par de veces.

Tras mirarse unas cuantas veces al espejo y echarse un poquito de colonia, se dispone a desayunar. En esta ocasión, toma un tazón de leche con cereales seguido de un plátano. La dieta diaria le obliga a combinar fibra con fruta.

En ese preciso instante, en el que acaba de comerse la banana, aparece su padre por la cocina con un soñoliento ¡buenos días! Pelayo le contesta y sale a la terraza en donde se pone unos zapatos náuticos y tras coger la llave y algo de dinero, sale por la puerta en dirección al trabajo.

Desde hace más de dos años, nuestro protagonista trabaja como diseñador gráfico en una empresa local de comunicación. Allí, a parte de diseñar por ordenador logotipos, material gráfico para empresas, imagen corporativa, etc. Actúa como creativo y publicista. Aunque no se siente valorado dentro de la empresa y, sobre todo, mal pagado.

El centro de trabajo está situado a las afueras de la ciudad, por lo que se dispone a coger su Opel Corsa del garaje y en unos doce minutos llega al *curro*. Una vez allí, y tras saludar a los compañeros se sienta en su mesa, enciende el ordenador y abre el correo electrónico para saber que le espera el día.

Y efectivamente, tiene un mensaje del director en el que le anuncia que a las diez de la mañana tiene una reunión con un cliente para el cual tienen que diseñar y planificar una campaña de publicidad y comunicación.

Pelayo hasta esa hora, son las 9:15 horas, ojea el correo electrónico personal y algunas páginas Web de los periódicos locales para enterarse de que se *cuece* en el planeta.

A las diez en punto de la mañana llegan los clientes, dos señores de unos 40 años muy serios, vestidos con trajes de marca. Se puede apreciar que les va bien en la empresa.

Pero hasta que no le llaman por el teléfono, Pelayo no se inmuta y se queda sentado en su silla como si tal cosa. A los dos minutos, su jefe, le llama por teléfono y este, se levanta con un cuaderno y un *boli* azul en dirección a la sala de reuniones.

Una vez allí y tras presentarse a los clientes, estos empiezan a hablar sobre los servicios que quieren contratar. Consisten en el diseño de imagen publicitaria de la empresa para realizar una campaña de comunicación a nivel regional ya que la empresa quiere expandirse, y que mejor manera que confiar en el talento de Pelayo.

La reunión se alarga hasta última hora de la mañana y, tras despedir a los clientes, el jefe de Pelayo le emplaza a una nueva reunión por la tarde para tratar el inicio y seguimiento de la campaña.

A las dos regresa a su casa en donde su madre le prepara un plato de arroz blanco seguido de un filete de pollo a la plancha. La dieta alimenticia continúa. La conversación de sobremesa versa sobre el nuevo trabajo que le han encargado y suelta alguna de las ideas que tiene pensado plantear a su jefe en la reunión de por la tarde.

Finalizada la comida, nuestro protagonista conecta la televisión y observa durante unos minutos las noticias hasta las 3.40 que, una vez más, se dispone a volver al trabajo. En donde nada más llegar se toma un café con su compañera Kati, que le tiene loco por su belleza, pero ella pasa de Pelayo.

Al rato le llama el jefe para la reunión, pero para su sorpresa, también está convocado Manuel, que es el otro creativo de la empresa. La reunión se inicia exponiendo las razones por la que el jefe ha otorgado la campaña a Manuel, ya que se adapta más a sus cualidades creativas.

Pelayo está indignado por la decisión tomada. Además, le comunican que pueden participar en la campaña aportando ideas, con lo que esto supone, que otros se lleven las felicitaciones a su costa. Pelayo tiene que aguantar la decisión tomada y tirar para delante.

El resto de la tarde la ocupa en finalizar el diseño multimedia de un portal Web de un cliente que se dedica a vender material de oficina, aunque intenta poner lo mejor de si mismo, sabiendo que sus expectativas de realzar su carrera profesional con ese trabajo se hayan venido al traste.

A las siete de la tarde sale de la oficina con un gran mosqueo y haciendo ruedas con el coche en el aparcamiento con la ventanilla bajada y sonando música *house* ibicenca.

Aunque a partir de ahora empieza lo que verdaderamente le gusta: el entrenamiento en el gimnasio de boxeo.

Este, está situado dos calles por detrás de su casa, y para llegar allí emplea un par de minutos. El gimnasio se llama Olimpia y lleva entrenando varios años pero, ahora se lo está tomando más en serio aunque sabe que ser púgil es muy difícil y duró; él lo quiere intentar y por eso se está preparando para competir.

A la entrada al gimnasio la gente le saluda, señal del tiempo que lleva allí, y el dueño le saluda con el popular ¡vamos campeón! Una vez se ha cambiado, empieza la clase que suele durar una hora y media. En primer lugar empieza a saltar a la comba y hacer abdominales, luego hace tres asaltos de sombra y, posteriormente, entrena con un compañero distintos golpes: gancho, *jab*, doble *jab*, directo, *crochet*...

El entrenador le recrimina cuando hace un gesto mal, sobre todo las *esquivas*, que no hace ninguna y para los golpes del rival con los puños.

Al final de la clase realiza un combate a tres asaltos de dos minutos con un compañero. Eso sí, con casco protector, ya que el combate es *amateur* y es obligatorio utilizarlo.

El rival es muy rápido y habilidoso, trabaja muy bien en distancia larga y esquiva todos los golpes de Pelayo, a excepción del doble *jab* que le pilla siempre de improviso.

El primer asalto es de tanteo. En el segundo Pelayo es acorralado en una ocasión contra los compañeros, que hacen de cuerdas ficticias, y es golpeado con rotundidad pero sale con rápidos movimientos de cintura. El arbitro para el combate y tras comprobar que no ha pasado nada, lo reanuda.

En ese momento, Pelayo saca sus mejores golpes: doble *jab*, directo de derecha, seguido de un *crochet* de izquierda, paso para atrás y uno-dos. Su rival empieza a tambalearse, pero se sobrepone. Pelayo acaba de sacar toda la rabia que tenía acumulada por el trabajo.

El combate finaliza y los dos púgiles se felicitan y abrazan. En esta ocasión no hay veredicto del árbitro, pero en un combate real hubiera sido nulo. Pelayo sale muy contento del gimnasio y ve que todo el trabajo que realiza diariamente esta teniendo su fruto y que combates como ese, hace ilusionarse.

Después del gimnasio se va a casa, no sin antes comentar algunos golpes con el entrenador, que le exige mayor concentración y agresividad.

Al llegar a casa, se pega una ducha rápida y cena algo ligerito. Después se sienta con sus padres en el salón a ver la tele: “Los Serrano” un episodio en el que *Fiti* se lía con un *pelandrusca* y son sus amigos los que le tienen que sacar del lío.

Pelayo no tiene novia, por eso pasa mucho tiempo en casa y en el gimnasio, posiblemente, le dedica tanto tiempo a este deporte para evadirse del trabajo o como sustitutivo de la pareja.

En cuanto a sus otras aficiones, a Pelayo le encanta viajar, y siempre que puede hace alguna escapadita para conocer rincones de la geografía española que desconoce, como por ejemplo el último realizado a Galicia. En verano, sin embargo, le gusta más la playa, como el verano pasado que visitó la isla de Ibiza y vino entusiasmado por la isla blanca.

Otras de sus principales aficiones es *salir de marcha* los fines de semana. Aunque, últimamente debido a su preparación para el combate de boxeo sale menos que antes porque es de estos que cuando sale se lía y acaba a las tantas y por eso, quiere evitar tentaciones.

Es curioso, pero este deporte le ha inculcado una serie de valores que antes le pasaban desapercibidos: sacrificio, disciplina y respeto al rival.

Segundo asalto

Pero, aunque parezca que la vida le va perfecta a Pelayo, no todo ha sido de color de rosas. Hace unos años, no muchos, la situación personal era muy distinta a la actual y se encontraba en una encrucijada de la cual no sabía como salir.

Pues, desde muy pequeño a Pelayo no le gustó estudiar, y por ello, dejó el colegio a los 16 años, y como otros niños de su edad empezó a coquetear con las drogas.

En su casa no les gustó la decisión de dejar los estudios, pero como sus padres estaban más ocupados por trabajar lo máximo posible, su padre de carpintero y su madre se asistenta, para dejar el barrio e instalarse en un chalet adosado a las afueras de la ciudad; no pusieron muchos impedimentos a la decisión de su único hijo.

Y Pelayo se pasaba el día *pateando* las calles y los parques, con lo que ello conlleva, pues ya lo dice el refrán: "*mente despejada, malos pensamientos*". Y junto con otros dos amigos se dedicaban a cometer pequeños hurtos en los supermercados y participar en alguna que otra pelea callejera.

Hasta que a los 18 años empezó a trabajar de correo para un camello del barrio, realizando entregas de cocaína a los vecinos. De esta manera, se ganaba unas *pelas* y en su casa decía que trabajaba de peón en una imprenta.

Pero al poco tiempo de realizar esta actividad de traficante, le *pillo* la Policía con 25 gramos de cocaína en el bolsillo, y le supuso pasar dos años en la cárcel de Alcalá Meco.

El disgusto para sus padres fue tremendo, por un lado porque se lo arrebataban de casa, y por otro, conocer que su hijo era un delincuente.

Los padres se echaban la culpa a si mismos por no haber prestado más atención a su hijo y haber estado más pendiente de su trabajo, y se prometían que esto no volvería a pasar.

Una vez cumplida la pena, Pelayo volvió a su casa, pero no tenía ningún proyecto en su camino y no sabia que hacer con su vida. Hasta que un antiguo amigo del colegio le animo a apuntarse a un gimnasio del barrio, y fue allí donde conoció el deporte de las 16 cuerdas: el boxeo.

Para Pelayo, el boxeo era un deporte en el que nunca se había fijado, pero desde el primer día que entro en el gimnasio y empezó a darle al saco y quemar toda la rabia y adrenalina contenida, supo, que había conocido su verdadera vocación: ser boxeador.

Pero al poco tiempo se dio cuenta que para triunfar en ese deporte aparte de ser bueno, tienes que tener contactos. Empezó a darse cuenta que de eso no iba a vivir y se propuso reiniciar los estudios.

Acabó el bachillerato y empezó a estudiar un modulo de FP de diseño gráfico que compaginaba con el entrenamiento. Ahora tenía la esperanza de convertirse en alguien y demostrar a los demás que del pozo se puede salir. Solo se necesitan dos cosas: querer hacerlo y encontrar algo que te ilusione, y Pelayo lo encontró.

Una vez finalizado los estudios, empezó a buscar trabajo y después de cinco meses haciendo entrevistas y echando *curriculum* en empresas, le contrataron en un estudio de comunicación como diseñador gráfico.

La noticia fue muy celebrada por sus padres y por él, ya que era el primer trabajo que conseguía en su vida y suponía el reinsertarse totalmente en la sociedad. Aunque los primeros días le costo aclimatarse a los horarios y la disciplina, ya que siempre ha sido un poco rebelde.

Y tras dejar el gimnasio durante un año, primero por una lesión en el hombro derecho y posteriormente por desilusión, recibe la llamada de su antiguo

entrenador informándole que en unos meses van a organizar en su ciudad una velada amateur de boxeo y quiere que él sea uno de los púgiles que participe.

De esta manera, nuestro protagonista se volvía a topar con el deporte de las 16 cuerdas al que tenía prácticamente olvidado. Pero Pelayo contesto a su entrenador con un sencillo: ¡déjame una semana para pensármelo! Ya que sabía que tendría que volver a entrenar duro y sacrificarse en las comidas y en cuanto a salir los fines de semana de marcha olvidarse.

La noticia fue recibida por sus padres con escepticismo porque sabían que en la actualidad su hijo estaba más centrado en el trabajo y salir con sus amigos que en el boxeo. Pero, lo único que le comentaron es que ellos respetarían su decisión y que se lo pensará mucho porque de esa velada podría cambiar su vida tanto si ganaba como si perdiera. En el primer caso, podía suponer el seguir compitiendo, y en el segundo dejarlo definitivamente.

En los días sucesivos estuvo más centrado en el trabajo diario en la empresa que en tomar decisiones, pero, según se iban aproximando los días, Pelayo empezó a tener dudas sobre su futuro hasta que decidió aceptar el reto porque de no aceptarlo habría sido como desaprovechar una buena ocasión de averiguar si en el boxeo podría ser alguien. Y esa oportunidad de boxear que en épocas pasadas pedía insistentemente y no se la daban, había llegado.

Así que cogió el móvil y telefoneo a su entrenador para darle la noticia, el cual contesto con entusiasmo y le comento que lo antes posible se pasara por el gimnasio para reiniciar y planificar el entrenamiento diario.

Pero antes, estaba el fin de semana de por medio y Pelayo se quería dar un homenaje antes de empezar a sacrificarse entrenando.

Reunió a sus amigos, de chicas ni hablamos, y les comento la noticia acompañado de una invitación a cervezas. Estos se sorprendieron de la noticia pero se alegraron y le dieron muchos ánimos ante tan duro envite. Desde ese momento, la noche no hizo nada más que empezar, y las *birras* empezaron a caer una tras otra, acompañado de conversaciones de boxeo y mujeres, todas

ellas conducidas de comentarios agresivos y violentos, ya que los amigos de Pelayo se habían crecido ante la posibilidad de tener un amigo campeón de boxeo y se sentían muy protegidos por él.

Pero lo que ellos no saben, es que en el boxeo desde el primer entrenamiento y desde el primer asalto, los *sparring*, que es como se llama a los entrenadores, te enseñan a respetar al rival y a no ser un *macarra* dentro y fuera del cuadrilátero, y si no, estás perdido. En el gimnasio todos son amigos aunque se lleven algún que otro golpe; y cuando salen de allí, lo que menos les apetece es pelear.

Aunque esa noche fue distinta, porque a Pelayo se le pegó el comportamiento de sus amigos y *estaba que se salía*. Y tras dejar la cervecería donde se habían puesto hasta arriba de cervezas, iniciaron la ronda de *garitos* por uno en donde las copas valían tres euros y se ponía bien de gente a primera hora.

El ritmo que llevaban esa noche era tremendo y se preveía que iba a acabar en borrachera, pero, a todos ellos, les daba igual porque era una noche distinta en la que su amigo del alma, seguramente, estaría un buen tiempo sin salir y era una buena ocasión para darle una despedida del mundo de la noche.

Por lo demás, fueron cambiando de *garito* cada ronda de copas que tomaban y a las 5 de la madrugada el *pedo* que llevaban todos era enorme, pero todavía quedaba ánimo para seguir bebiendo. Hasta que al llegar a una discoteca empezaron a intentar ligar con chicas y fue ahí cuando la noche cambió.

Pues, las copas estaban haciendo estragos sobre sus cuerpos y aparte de tambalearse, las palabras salían entrecortadas. La música sonaba a ritmo de rock, “el canto del loco” y sus zapatillas. Pelayo se movía por la disco como si estuviera en un ring, tambaleándose de lado a lado como si su rival le hubiera golpeado y estuviera a punto de caer a la lona por K.O. Pero como todo campeón, aguanta y ante la menor oportunidad saca sus mejores golpes, en este caso, palabras sueltas y sin sentido hacia las chicas.

Hasta que una chica, de corta edad y atrevida, se pone a hablar con él sin pudor. Nuestro púgil se crece y saca a relucir sus mejores golpes: sus músculos, pues como es verano lleva una camiseta de hombreras que realza su cuerpo. La chica es muy receptiva e incluso, le coge de la cintura para oír mejor sus comentarios. Los amigos del púgil le observan con envidia ante tal situación.

Pero de repente, aparece un chico mucho más fornido que Pelayo y le empieza a increpar, ya que es el novio de la chica. Pelayo le comenta que estaba hablando con ella, pero este se crece y se pone chulo; a lo que nuestro protagonista, debido a la euforia y el alcohol, le pega un empujón que desplaza a su oponente un metro más atrás, este le responde con un puñetazo directo de derecha que Pelayo esquiva, -se nota sus habilidades pugilísticas-. Al momento se hace un hueco en la pista de baile y Pelayo suelta uno-dos *crochet* a su rival que le tira al suelo ante el asombro de la gente de la disco.

En ese instante entran dos porteros que, sin mediar palabra, agreden a Pelayo contundentemente y le tiran al suelo, este queda K.O. y los porteros le sacan a empujones del local hasta la calle. Una vez allí, Pelayo se revuelve enviando un directo a un portero que recibe un duro impacto que le hace sangrar por el pómulo derecho. Pero el otro *machaca* golpea a Pelayo de tal manera, que este sangra por la nariz. En ese preciso momento hace su aparición la Policía local y detiene la pelea; como si fuera un combate de boxeo y el árbitro la hubiera parado.

Se interesan por el estado de los involucrados y les preguntan que ha pasado. Cada uno tiene una versión distinta sobre lo acontecido, para los porteros ha sido Pelayo quién ha ido buscando pelea nada más entrar en el local, y para este, han sido los porteros los primeros que le han golpeado sin motivos.

Los Policías, acostumbrados a este tipo de envites, preguntan a los implicados si quieren denunciar, a los que todos responden negativamente. Eso si, Pelayo sabe que en esa disco es persona *non grata* y no podrá volver a entrar.

A la vuelta hacia su casa, en compañía de sus amigos, estos le comentan que no le han podido ayudar porque no le habían visto. Pero este sabe que es mentira y que estos le han vuelto a dejar tirado, como en otras ocasiones. Por la noche todos son muy amigos pero cuando se les necesita de verdad, como en este desencuentro, es cuando verdaderamente se demuestra la amistad, y no es la primera vez que dejan tirado a Pelayo.

Una vez que han llegado al portal de casa se despiden hasta otro día, pero Pelayo sabe que *alomejor* no los vuelve a ver durante una larga temporada porque después de lo ocurrido se le han quitado las ganas de salir, y entre semana lo va a dedicar a entrenar.

Ya en la cama, le da vueltas a lo ocurrido, y piensa que se ha jugado el poder lesionarse o que le pasara algo y perderse la velada. Y piensa que lo que había empezado como celebración ha podido terminar en tragedia. Y es que, Pelayo es de los que cuando toma unas copas pierde los papeles y vuelve a tiempos de antaño cuando trapicheaba con cocaína y era el más *malote* del barrio.

Tercer asalto

Por la mañana, se despierta con un fuerte dolor de cabeza, debido a los golpes y el labio inflamado. Tras ducharse y ponerse ropa limpia hace aparición en la cocina de su casa ante el asombro de sus padres que el preguntan -¿que te ha pasado?- a lo que este responde diciendo que se cayó debido a los exceso del alcohol pero, sus padres sospechan que hay una pelea detrás.

En los sucesivos días, Pelayo medita sobre lo acontecido y las graves consecuencias que había podido acarrear su comportamiento, pero sabe que ha sido solo un incidente aislado y que a partir de ahora las cosas van a cambiar. Aunque ese tipo de actitudes le recuerda su época de *camello* en la que estaba diariamente involucrado en peleas callejeras.

Los días posteriores procuró olvidar el percance y centrarse en su entrenamiento diario para la velada que ya tenía fecha y conocía a su rival: un tipo delgado, peso ligero, del que se decía en el mundillo pugilístico que tenía un gancho demoledor, pero a Pelayo no le daba miedo porque estaba convencido que iba a ganar.

A medida que se aproximaba el combate, iba incrementando la intensidad del entrenamiento y se enfrentaba habitualmente a compañeros del gimnasio para medir su pegada. En todos los combates salió victorioso pero él sabía que en el ring iba a ser muy distinto.

La noche anterior a la pelea, estuvo pensando sobre su trayectoria personal, los golpes que había recibido, las victorias y derrotas, así como los golpes bajos que había encajado. Esos si que le dolían de verdad.

Y por fin, un nuevo reto en su vida. El resultado de ese combate iba a decidir, en buena parte, su futuro.

La mañana del combate la pasó en casa echando un vistazo a Internet y leyendo los portales de boxeo por si decían algo del combate, pero ninguno lo

hacia mención, hasta que a media mañana le llamaron de una radio local para entrevistarle.

Al principio estaba nervioso, ya que era la primera vez que le hacían una entrevista, pero pasadas las primeras preguntas que le sirvieron para presentarse ante el público, empezó a hablar de boxeo y fue ahí donde se encontró verdaderamente a gusto.

Después de comer se echó la siesta y posteriormente se desplazó al pabellón donde se iba a celebrar el combate. Lo primero que hizo tras llegar al recinto fue conocer el ring donde se iba a disputar el combate, así como pasar el pesaje, fue allí donde conoció a su rival.

El combate de Pelayo estaba programado en el medio de la velada, por lo que a nuestro púgil le dio tiempo para ver las otras peleas, charlar con sus padres y saludar a los amigos que se habían desplazado para apoyarle. Pero aunque Pelayo quería transmitir una sensación de serenidad, lo cierto es que estaba muy nervioso porque no sabía como iba a reaccionar en el cuadrilátero.

Desde el vestuario donde calentaba con su *sparring* se apreciaba el sonido que desprendía el público congregado en el pabellón, y, en el momento en que Pelayo terminaba de persignarse, le llama el promotor de la velada para desearle suerte. Al instante desde la organización le informan que en un minuto tiene que hacer aparición en el escenario.

Y es en ese preciso instante, como si la muerte le estuviera acechando, cuando le empieza a pasar toda su vida por la cabeza; señal inequívoca de la tensión que tiene acumulada el boxeador que se dirige al ring como si fuera un gladiador dispuesto a jugarse la vida en el *coliseum*.

Tras sonar la campana que da inicio al primer asalto, a Pelayo se le van todos los nervios, y empieza a moverse por el ring tanteando con golpes directos a su rival; el cual, los esquiva todos con pequeños movimientos de cadera.

El primer asalto fue de tanteo sin que ninguno encajara ningún golpe severo. Sirvió para medir las distancias y conocer los movimientos del oponente.

En el segundo asalto Pelayo recibió dos directos de derecha que le dejaron noqueado en la lona, pero tras contar hasta cinco el árbitro, logró recuperarse. Hasta que al final del asalto soltó una serie de uno-dos que acabaron en un gancho de izquierdas que hicieron daño al oponente, pero sonó, de nuevo, la campana.

El tercer y último asalto sorprendió a Pelayo con un *crochet* seguido de un gancho en el hígado que le hizo añicos, pero en ese momento contestó con toda su rabia acumulada por el nerviosismo de los días previos al combate y soltó una serie de directos que no hicieron mella en su rival, ya que este jugaba con la distancia larga y los esquivó todos.

Pelayo se veía perdedor por puntos en el combate, por lo que siguió luchando hasta el último segundo, pero un despiste en la guardia le produjo un golpe directo en la cara que le hizo besar la lona. A la cuenta del arbitro no pudo levantarse y tras la aparición medica en el cuadrilátero y percatarse que no había sido nada, proclamaron a su oponente vencedor del combate.

La desilusión hizo mella en nuestro pupilo y aunque sus amigos y padres intentaron animarle, él era consciente que era un duro revés en su vida, pues sabía que no iba a ver otra oportunidad y que con su caída a la lona ponía fin a su carrera como boxeador.

Pero eso no fue todo. Nuestro protagonista se vio en los días posteriores deprimido, no por el echo de acabar su carrera boxística, sino porque veía como a sus 28 años la única ilusión que tenía en la vida, el boxeo, el deporte que le había ayudado a salir del mundo de las drogas y la delincuencia, la afición que le había aportado valores y principios, que le había enseñado a luchar y esforzarse, a conocerse a si mismo; le había dado la espalda.

En ese momento, Pelayo se sentía solo y frustrado, sin ganas de vivir ni de soñar, e incluso en los días posteriores no fue al trabajo, pues allí no se sentida

valorado ni querido. Sus padres pensaban sugerirle la asistencia de un psicólogo, pero lo cierto es que Pelayo a las pocas semanas se levanto una mañana, volvió al trabajo y a su salida, se paso por el gimnasio y volvió a entrenar.

“La vida te puede dar muchos golpes, pero lo importante es levantarse y seguir luchando, esto lo he aprendido en el boxeo y lo tengo que aplicar en todos los ámbitos de mi vida. En estos años boxeando he aprendido a luchar y esforzarme día a día para superarme a mi mismo y conseguir mis propósitos. Ahora me toca con la vida”.

El autor



Sergio Núñez Vadillo -1976- es natural de Talavera de la Reina (Toledo) aunque su infancia transcurrió en un pueblo de Ávila llamado Poyales del Hoyo.

Es una persona con un buen sentido del humor y prefiere escuchar antes que hablar. Se define como “idealista y luchador”, debido, sobre todo, a la tremenda fidelidad que posee hacia sus valores, valores que le han ayudado a fraguar una personalidad inquebrantable.

Imaginativo y extravagante, no le gusta mandar ni que le manden, es de esos que no se fía de las apariencias ya que, considera que la verdad y la mentira están en el interior de cada persona.

Diplomado en Gestión Comercial y Marketing ha organizado numerosas Jornadas y Actos corporativos en el sector de la moda nacional, así como ha sido editor y redactor de la revista del sector textil-confección “Al Bies”. En la actualidad, trabaja para la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha en la organización de congresos.

Autor del Blog: <http://sergiovadillo.blogspot.com/>